

La casualidad no existe

Por José Luis Aguiriano

Acaba de llegar a Barcelona. Mi empresa me había elegido un nuevo destino laboral en esta nueva ciudad. Un nuevo reto, nuevas responsabilidades y nueva etapa.

Durante las primeras semanas me alojé en un hotel que me sirvió de plataforma para ir haciéndome a Barcelona, ubicarme y coger el pulso a la ciudad. Al principio y como todo lo nuevo, me resultaba una ciudad extraña. Mi círculo de conocidos era realmente estrecho y básicamente aprovechaba cualquier contacto indirecto que me ofrecían amigos y familiares para tratar de empezar a relacionarme con nueva gente.

Una de mis primeras preocupaciones fue la de encontrar un piso donde vivir. Un nuevo hogar donde poder ubicar mis trastos y donde poder dar con mis huesos tras largas jornadas laborales. La cosa no resultó fácil.

Fue por el mes de abril del año 2000 cuando llegué definitivamente. El trabajo me ocupaba más de 10 horas diarias y el poco tiempo que me quedaba lo dedicaba a recorrer los diferentes barrios y zonas de Barcelona buscando el apartamento que me pudiera encajar. Enseguida me di cuenta que resultaría realmente difícil, ya que todo parecía muy diferente a lo que estaba acostumbrado. Daba largos paseos buscando entre los portales y balcones, carteles que ofrecieran pisos de alquiler con la esperanza de poder enamorarme de un barrio o una finca que simplemente estuviera disponible esperando a que yo llegara. Aquello no funcionaba y los días iban pasando.

Decidí cambiar de estrategia y buscar empresas que me ayudaran a hacer labor de campo. Contacté con varias inmobiliarias locales y muy recomendadas por conocidos para que se pusieran en marcha. A los pocos días ya me empezaron a proponer visitas. Pensé que aquello lo resolvería más rápido de lo que pensaba.

Comenzó el vía crucis de visitas por toda la ciudad ya que cuando los Agentes inmobiliarios se activan, lo hacen de verdad.

Aún así fueron pasando los días y no daba con algo apetecible que cubriera mis necesidades y se ajustara a mi presupuesto. Con el paso de las semanas iba aumentando mi desesperación. ¿Como era posible que en una ciudad como Barcelona no encontrara mi sitio ideal?

Mientras tanto seguía viviendo en el hotel. Ya casi empecé a formar parte de la familia de gente que día a día se esforzaba en tratar de hacerme la vida lo más fácil posible. Un equipo realmente encantador. Desde el Director hasta la señora de la limpieza que conseguía limpiar mi habitación sin revolver mis papeles y trajes, pasando por la chicas de la recepción que me ofrecían cada día la cara más amable y agradable de mi estancia en el hotel.

-”¿buenas noches, ha habido suerte hoy?, bueno, seguro que mañana irá mejor. Buenas noches”

Un día, estando a punto de entrar en una reunión, recibí una llamada de la amiga de una conocida. Me resultó una persona seca y un poco antipática al teléfono. Me comentó como su amiga Montse le había dicho que yo estaba buscando un apartamento en Barcelona. Resultaba que sus tíos tenían un apartamento que acaban de reformar y estaba libre. Pensé que era otra agente inmobiliaria más, un poco antipática e interesada. No perdía nada por ir a verlo, así que coordinamos nuestras agendas y quedamos.

Fue un martes a las cuatro de la tarde. Habíamos quedado en el Eixample, en la esquina entre Caspe con Bailen. Allí estaba yo puntual como un clavo a las cuatro en punto. Aunque era el mes de Mayo hacía un día precioso. El sol brillaba con todo su esplendor aunque el ruido del tráfico de los coches te recordaba que estaba en una ciudad grande que no dejaba que te pudieras despistar pensando en otras idílicas ubicaciones. Tras las innumerables visitas que había hecho hasta la fecha, nada me hacía pensar que aquella pudiera ser la que me mostrara mi nuevo hogar.

A los diez minutos de espera sentí por detrás de mí como una voz femenina me llamaba por mi nombre.

- ¿José Luis?, me preguntó.

- sí, contesté mientras me giraba

- soy Marta.

Durante unos segundos dudé que fuera a mí a quien buscaba ya que no daba crédito a lo que tenía delante de mis ojos. El flechazo fue instantáneo. Traté de mantenerme íntegro para que no se me notara mucho. El corazón se me puso a palpar como si tuviera dieciocho años.

Se trataba de una mujer simplemente espectacular. Medía por encima del metro setenta, con una larga melena morena y ondulada. Unas grandes gafas de sol tapaban unos increíbles ojos verdes que resaltaban aun más al ir acompañados de unas largas pestañas. Pómulos perfectos combinados con el rojo carmín de unos labios carnosos que resultaban la antesala de una preciosa sonrisa blanca.

Llevaba un bolso cruzado a modo de bandolera que marcaba una bonita figura y unas llaves en la mano.

Me extendió la mano y me pidió disculpas por el retraso. Se excusó comentando que le había sido tremendamente difícil aparcar y me indicó que le siguiera.

Entramos en uno de los portales próximos a la esquina donde nos habíamos encontrado y empezó a contarme que era un apartamento de sus tíos que acaban de terminar de reformar. Cogimos el ascensor y nos bajamos en la tercera planta donde llegamos a un distribuidor que daba acceso a dos puertas.

Ella no paraba de hablar y darme explicaciones del piso y de lo bien que había quedado tras la reforma. Yo solamente le escuchaba asistiendo con la cabeza sin poder dejar de mirarla. No escuchaba mucho de lo que me contaba ya que no dejaba de observar lo guapa que era. Estaba encantado con aquella visita.

El apartamento en cuestión encajaba bastante bien con lo que estaba buscando y efectivamente estaba todo para estrenar. Se había hecho una reforma impecable y los materiales se habían combinado con gusto.

Después de un rápido vistazo le comenté que me podía encajar. La mala impresión que me había dado en el teléfono había desaparecido

y se había transformado en una agradable sorpresa. No dejaba de observar cada uno de sus movimientos.

Bajamos juntos y al salir y le ofrecí tomar un café. Buscamos una cafetería cerca del apartamento y nos sentamos en una pequeña mesa donde ya de forma más distendida empecé a contarle mi vida. Ella escuchaba atentamente parpadeando sus preciosos ojos verdes mientras yo seguía con mis explicaciones. Me sentía muy cómodo hablando con ella y parecía que era recíproco. Enseguida empezamos a contarnos nuestras experiencias y sin darnos cuenta entramos en temas personales. Descubrimos que había muchas coincidencias entre nosotros por lo que todo parecía más fácil. Su sonrisa me tenía cautivado.

Estuvimos casi dos horas hablando sin parar y me dio la sensación que había surgido algún tipo de química entre ambos. El tiempo simplemente voló sin que ninguno fuéramos conscientes de ello. Aún así no tenía claro si su simpatía se debía al interés en alquilarme el apartamento o a mi persona. No me importaba. No quería que aquel rato pasara.

Descubrimos que a los dos nos encantaba la comida japonesa por lo que con la esperanza de volver a verla, le propuse que me sugiriera algún restaurante donde poder invitarle a cenar. Le pareció una buena idea lo que hizo que mi corazón se volviera a acelerar.

Al despedirnos le ofrecí mi tarjeta de visita y ella me dio la suya. Era abogada especializada en civil y tenía su propio despacho lo que le permitía cierta flexibilidad de horarios.

Así quedamos. Yo le llamaría la próxima semana para buscar una fecha y poder salir a cenar. Nos despedimos con pena por mi parte al no estar seguro de si realmente podría volver a verla.

Aquel fue un día glorioso.

Yo tenía el despacho en la Diagonal, cerca del Centro Comercial Pedralbes y al medio día aprovechaba para darme un paseo por la zona. Una zona realmente agradable con mucho movimiento de gente que conseguía distraerme durante un rato.

Dos días después de la visita al apartamento de los tíos de Marta, estaba dando una vuelta al medio día cerca del despacho como hacía habitualmente, buscando un sitio tranquilo donde poder tomar un café mientras seguía pensando si me quedaba o no con el apartamento y sin quitarme de la cabeza a Marta.

Entré en el Starbucks de Diagonal, pedí un expreso y con mi despiste habitual me senté en una mesita de la terraza. De pronto oí como alguien desde atrás me llamaba por mi nombre. - ¿José Luis?. Me di la vuelta y en una mesa cercana vi una chica morena con gafas de sol que me sonreía.

No daba crédito a lo que estaban viendo mis ojos. Era Marta. No me dio mucho tiempo a reaccionar y fue ella quien se acercó de forma encantadora. Me dio dos besos y comenzamos a hablar. Le ofrecí que se sentara y nuevamente pasamos un largo rato charlando. Otra vez el tiempo pasó como si fuera un solo instante. Me había vuelto a alegrar el día. Me estaba encantando la ciudad.

Al día siguiente no lo dudé y le llamé a media mañana. Quedamos esa misma semana para cenar en uno de los japoneses que ella misma me recomendó. La velada fue realmente mágica. Ahora estaba seguro que el flechazo había sido mutuo.

Desde entonces empezamos a quedar y nos fuimos conociendo poco a poco.

Nos casamos un año y medio después de aquel encuentro y tenemos dos hijos maravillosos.

Finalmente no me quedé el apartamento de sus tíos pero le ayudé a encontrar alguien que sí lo hizo. Hoy vivimos en otro piso cerca del Centro Comercial Pedralbes y somos realmente felices en Barcelona.

Las cosas no pasan porqué sí, sino porque tienen que pasar, aunque solo el paso del tiempo nos permiten poder verlas y entenderlas.